

te de Daraja. No diga que sirve dama quien no sirve dama zegri. Y enójense norabuena las damas gomeles y las almoradies...»

—¿En qué piensa la sultaneja...?

—En Audalla pienso... ¿No has leído tú el Romancero?

—¡He leído tanta cosa tonta! Ahora quisiera leé en tí. Tú eres un libro de letra mentía. Tú no ere como las demás mujere. Contigo estoy acortao, palabra.

—¿Sabes que deseo ver la Alhambra á la luz de la luna? Y creo que no permiten, por lo del incendio.

—¿No permití á este moso? Con una propina...

En efecto, los obstáculos se allanan. Llevamos una lamparita eléctrica de mano para los sitios oscuros. El patio de los Leones, á esta hora, sobrepuja á cuanto me hubiera forjado imaginándolo. Las filigranas son aéreas. Todo parece irreal, porque, desapareciendo el color, queda la fragilidad de la línea, lo inverosímil de las infinitas columnillas de leve plata, la delicadeza y exquisitez de los arquiteos, que, lo observo con placer, tienen el buen gusto de no ser de herradura. Dijérase que todo es luz aquí, pues las sombras parecen translúcidas, de zafiro claro. Nos domina el encanto voluptuoso de este arte deleznable, breve como el amor, milagrosamente conservado, siempre en visperas de desaparecer, dejando una leyenda inferior á sí mismo. No se siente la pesadumbre de esta arquitectura de silfos, que acaso no existe;

que es el decorado en que nuestro capricho desenvuelve nuestra vida interior. Libres estamos aquí de la piedra agobiadora, como en los jardines del palacio lo estamos de la tierra, y no vemos sino agua y plantas seculares. Y siempre la impresión de irrealidad. ¿Existieron las sultanas que dejaban sus babuchas microscópicas en los babucheros de oro, azul y púrpura? Seguramente son un poético mito. ¿Brotaron y se difundieron alguna vez perfumes de estos pebeteros incrustados en el suelo? ¿Se bañó alguien en estas cámaras de cuyo techo llovían, sobre el agua, estrellas luminosas? No, jamás... Se lo aseguro á José María, que se ríe, acercando cuanto puede su rostro al mío.

—Todo ensueño y mentira, primo... Un ensueño viejo, oriental, de arrayanes, laureles y miradores, bajo la caperuza de nieve de una sierra... ¿Por qué me gusta Granada? Porque estoy segura de que no existe.

—Niña, tú debe de ser poetisa. La verdá. ¿No te has ganao algún premiesiyo, vamo, en los Juego florale? Sigue, sigue, que yo, cuando te oiho, me parese que esa cosa ya se me había ocurrió á mí. Y no crea: he leído hase año los verso de Sorriya.

—¡No soy poetisa, á Dios sean dadas gracias! Conste, primo. La Alhambra no existe. En cambio, esos leones, esos monstruos están vivos. Les tengo miedo. Me recuerdan unas esfinges de Alejandría que persiguieron á una santa... Los versos entallados al borde de la fontana dicen que están de guarda, y que el no tener

vida les hace no ejecutar su furia... Vida, yo creo que la tienen esas fieras.

—¡Qué me gusta tó lo que dices!—balbucea, en tono de adoración, el moro bautizado.—Sigue, sigue, Saida...

—Calla, calla... Miremos sin hablar...

—Miremo—responde, y me toma una mano, iniciándome en las lentas, semi-castas delicias de la presión...

Es algo sutil, insidioso, que no basta para absorberme, pero me hace ver la fontana de los terribles monstruos al través de un velo de gasa argentina con ráfagas de cielo, como rayado chal de bayadera. La Alhambra, al través del amor... de una gasa tenue de amor, flotando, disuelta en el rayo lunar... Y los versos que para entallar en el pilón compuso el desconocido poeta musulmán, se destacan entre el ligero zumbido de mis oídos. El agua se me aparece como él la describe, hecha de danzarín aljófara y resplandeciente luz, y que, al detirarse en profuvios sobre la albura del mármol, dijérase que también lo liquida...

¡Y el silencio! ¡Un silencio sobresaturado de vida ideal, de suspiros que se exhalan, de ciertas lágrimas de que habla la inscripción, lágrimas celosas, que no rodaron fuera de los lagrimales; un silencio morisco, avalorado por el susurro sedoso de los álamos y por el soplo del aire fresco de la Nevada, que desgarró sus alas en los nopales!

¡Y el perfume! ¡Perfume seco de los laureles asoleados, resto de los pebeteros que se agota-

ron, brisa ajazminada, y tal vez, vaho ardiente de sangre vertida por trágicos lances amorosos!

Cuando existen sitios como la Alhambra, tiene que existir el amor. ¿Por qué no viene más aprisa? ¿Por qué no me devora?

III

En casa de mi tío no saben qué pensar de mí. ¿Soy una maniática; soy una casquivana; soy una hembra «de cuidado», con la cual hay que mirar donde se pisa? Gugú no me entiende. Se afana en obsequiarme, insegura del resultado. Estebanillo, el mocetón anglófilo, de labio rasurado, aunque afecte frialdad y superioridad, me teme un poco. José María, que no es ningún patán, pero cuyo pensamiento no va más allá del sensualismo de su raza, está desconcertado: con otra mujer hubiese él pisado firme... ¡Vaya! Su olfato sagaz en lo femenino le aconseja que conmigo no se aventure, no se resbale... Y, sobre todo, el tío, el gitano-señor, anda receloso: empieza á consagrarme un estudio excesivo, una atención disimulada, de todos los momentos. ¿Por dónde saldré? Es sobrado ladino para no conocer que José María y yo, á pesar de las apariencias, todavía no... vamos, no... En el mismo acostumbrado tono, de galantería chancera, picante, popular y señorial, el tío Clímaco me analiza, quiere desentrañar mis aspiraciones, saber de qué pie cojea

esta sobrina millonaria y extravagante, que se va de noche á la Alhambra, con un guapo mozo, á mirar realmente correr el agüilla... ¿Seré de mármol, como los leones? ¿Seré una romántica...? ¡Qué de hipótesis! La verdad, no es dable que la interprete el de las grises patillas, el marrajo que me ha señalado por suya, á fin de que no prevalezca la superchería y vuelva la rama á la rama y el tronco al tronco...

Debe de correr por Granada una leyenda apropósito de mí. Lo noto en la aguda curiosidad que me acoge, en los eufemismos con que se me habla. ¡Lo que más ha contribuído á dar cuerpo á la leyenda, es mi originalidad de no querer ver, en la ciudad, absolutamente más que la Alhambra! El primer día me llevaron al Laurel de la Reina. Después, me negué rotundamente. Ni Catedral, ni Cartuja, ni sepulcro de los Católicos, ni Albaicín, ni Sacro Monte... Nada que pudiese mezclar sus líneas y sus colores y sus formas con las de la Alhambra.

—Se acabó, prenda: que la Jalambra te ha embrujao...

Para desembrujarme, el tío propone unos días en Loja. Tiene allí asuntos; hay que ver aquellos rincones, donde posee dos palacios y un cortijo, hacia la Sierra.

—Capás eres de que te gusten más aquellos caserones que este de aquí.

—Si son antiguos, de seguro.

—¡Pero qué afisioná á las antiguayas!—surra el proco, dando á lo inofensivo intención.

Voy á pedí á la Virgen e la Victoria, de Loha, que me haga encanésé...

Y, en efecto, el palacete de Loja me cautiva tanto como me deja fría la cómoda vivienda de Granada, y su inglés «conforte». Es un edificio á la italiana, con vestíbulo y ático de mármol serrano, y columnas de jaspe rosa. No está en Loja misma: de la posesión al pueblo media un trayecto corto, entre sembrados y alamedas. No tiene el palacio, de las clásicas construcciones andaluzas, sino el gran patio central, pero sin arcadas. En medio, la fuente, de amplio pilón, se rodea de tientos de claveles, y el surtidor canta su estrofa, compañera inseparable de la vida granadí.

Al entrar en la residencia, dueñas ceceosas y mozas de negros ojos me dirigen cumplimientos. Mi habitación cae al jardín, donde toda la noche cantan los ruiseñores. Jazmines y mosquetas enraman la reja de retorcidos hierros. Al amanecer, salgo á tomar aire, y desde el parapeto veo, en un fondo de cristal, el panorama de Loja, la mala de ganar, la que dió que hacer al cristiano, por lo cual, los Reyes pusieron á su Virgen la advocación de la *Victoria*. Diviso los dos arcos del puente sobre el Genil, el blanco caserío, las densas frondas, las ruinas, las montañas, las torres de las iglesias, descollando la redonda cúpula de la mayor... Y José María se aparece, saliendo no sé de dónde.

—¿Te gusta el poblachón? Yo te llevaré á ver sitio... Esto lo conosco... Aquí me crié...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Voy con él á recorrer los tales *sitios*. Gugú tiene que hacer en casa; tío Clímaco se pasa la vida sentado en el patio, escuchando á los lugareños, que vienen á hablarle de cosechas, arriendos y labores; Estebanillo allá se ha quedado, en Granada, con unos amigos ingleses, que acaso se lo lleven á dar una vuelta por Biarritz, en automóvil... Y yo pertenezco á José María, pero le tengo á raya: sigue presintiendo en mí enigmas psicológicos, no comprendidos en su ciencia femenina. Me lleva á la Alfaguara ó fuente de la Mora, torrente que brota, al parecer, de un inmenso paredón inundado de maleza, y mana límpido por veinticinco caños. ¡El agua! Siempre el agua misteriosa, varias veces centenaria, que habrán bebido los que murieron! Si subimos por los abruptos flancos de la Sierra, hacia algún cortijo, á comer gachas y á cortar albespinas silvestres, el agua rueda de las laderas, surte de los pedruscos, retostados, candentes... Si seguimos la llanura, al revolver de un sendero, nos sale al paso la extraña cascada de los Infiernos, oculta en un repliegue, delatada por su fragor espantable, saltando espumeante, retorcida y convulsa. Y si visitamos, en la falda de la Nevada, la fábrica de aserrar mármoles, el agua es lo deleitoso. Trepamos por las suaves vertientes, sembradas de fragmentos de mármol amarillo, con vetas azules y blancas, y de un ágata roja, en la cual serpentean venas de cuarzo. El cielo tiene esa pureza y esos tonos anaranjados, que hicieron que Fortuny se quedase dos años

donde había pensado estar quince días, y que extasiaron á Regnault. No sin protestas de José María—¡estropear las manitas de seal—alzo un trozo de piedra y hallo impresa en él la huella fosil, las bellas volutas del ammonites primitivo. Mi primo lo mira enarcando las cejas.

—¿No se te ha ocurrido subir á los picos de la Sierra?—le pregunté.

—No... ¿Pa qué? ¡Pero si é antoho, te acompaño! Se buscan mulo, y por lo meno hata el picacho de Veleta... Porque despué, se pué, se pué... pero sólo en aeroplano, hiha!

—¿Quién sabe, primo, si te cojo la palabra?

—Contigo, al Polo.

Bajamos á la serrería; nos enseñan los pulimentados tableros de mármol; seguimos hasta un recodo que forma el riachuelo, donde en la corriente remansada se mecen las plumeadas hojas de culantrillos y escolopendras. Un zagal se acerca, tirando de la cuerda que sujeta á una hermosa cabra fulva, de esas granadinas, cuya leche es deliciosa. A nuestra vista la ordeña y mete la vasija dentro del remanso. De la serrería nos traen pestiños, alfajores, miel sobre hojuelas, rosquillas de almendra, muestras de la golosa confitería de Loja, donde se venden más yemas y bollos que carne de matadero. Riendo, bebemos la leche: en el baño se ha helado casi. Es una hora divina, un conjunto de sensaciones fluidas, livianas como el agua, rosadas como el cielo, que vierte ráfagas lumbrosas sobre las nieves de los picos.

Volvemos despacio, por las sendas olientes á mejorana y á menta silvestre. José María me lleva del brazo. Su sentido de lo femenino le dice que los momentos van siendo propicios. De súbito, manifiesta entusiasmo por la expedición á la Alpujarra, y me cuenta maravillas del pico de Mulhacén, de los aspectos pintorescos de los pueblos de la sierra, que él jamás ha visto. Penetro su intención, y quién sabe si late en mí una secreta complicidad. Después de la poesía moruna de la Alhambra, la sierra es el complemento, la clave. Allí se había refugiado la raza vencida... Las aguas seculares descendían de allí, de los riscos donde, impensadamente, en oasis, el naranjo cuaja su azahar. José María, para la excursión, se vestiría—y no sería disfraz, pues así suele andar por el campo—de corto, airosamente, con marsellés, faja, sombrero anejo y elegantes botines. Yo llevaría falda corta, y los cascabeles de las mulas, tintineando sonoramente, despertarían un eco melancólico en las gargantas broncas del paisaje serrano. Mientras la noche descende, clara y cálida, forjo mi novela alpujarreña. José María empieza á producirme el mismo efecto que la Alhambra; disuelve, embarga mi voluntad. Hay en él una atracción oscura, que poco á poco va dominándome.

En eso pienso mientras Octavia me desnuda, escandalizada de los accidentes de mi atavío en estas excursiones: de mi calzado arañado y polvoriento; de mi pelo, en que se enredaron ramillas; de mis bajos, en que hay jirones.

—*¡ Si c'est Dieu possible! ; Comment madame est faite!*

Ella, que trae revuelta y encandilada á la servidumbre y á los campesinos que acuden á conferenciar con mi tío, y hasta sospecho que á mi propio tío,

«que, aunque viejo, es de fuego,
corriente en una broma y mujeriego,»

está, en cambio, más emperifollada y crespa que nunca, y ha aprendido de las andaluzas la incorrección del clavel prendido tras la oreja...

Pienso en esta marea que crece en mi interior, en este dominio arcano que otro ser va ejerciendo sobre mí. No puedo dudar de que mi primo me pretende porque soy la heredera universal de doña Catalina Mascareñas, y así como el interés de una familia trató antaño de hacerme monja, el interés de otra decide hogarío que me case... Pero asimismo se me figura que produzco en mi primo el efecto máximo que produce una mujer en un hombre. ¿Se llama esto amor? ¿Hay otra manera de sentirlo? ¿Qué es amor? ¿Dónde se oculta este talismán, que vaya yo á matar al dragón que lo guarda?

He observado que mi primo, cuando me habla, exagera la tristeza; dijérase un hombre muy desdichado, á dos dedos del suicidio por los desdenes de una ingrata. Y cuando habla con los demás, su tono se hace natural y humorístico. Lo gracioso es que las sentenciosas dueñas y las mocitas con flores en el moño, que

componen la servidumbre, hablan del «zeñito José María» con acento de conmiseración, como si yo le estuviese asesinando. Y un aperrador ha llegado á decirme:

—Zeñita, peaso é sielo... pa cuando son los zies?

Los lugares, el coro, conspiran en favor del proco rendido. Y, en medio de este ambiente, trato de descomponer mis sensaciones por la reflexión. No, el amor no puede ser *esto*. Sin embargo, ¡menos aún será la comunicación intelectual! Este aturdimiento, esta flojedad nerviosa algo significan... Quizás lo signifiquen todo.

La noche de un día en que no hemos salido á pasear largo, al través de la tupida reja de mi salita, que está en la planta baja, oigo guitarrear. José María me llama, me invita á asomarme á las ventanas del comedor, que caen al patio, para ver el jaleo. Es él quien ha convocado á las contadísimas bailarinas de fandango que quedan en Loja y su contorno, ya todas viejas, cascadas, porque las mocitas ahora dan en aprender otros bailes, de estos á la moderna, achulados, no moriscos. Estas ventanas no tienen reja y nos recostamos en el antepecho el primo y yo. Don Juan Clímaco y Gugú han sacado sillas al patio. La música del fandango es una especie de relincho árabe, una cadencia salvajemente voluptuosa, monótona, enervante á la larga. La luna, colgada como lámpara de plata en un mirrab pintado de azul, alumbra la danza, y el movimiento

presta á los cuerpos ya anquilosados de las danzarinas, un poco de la esbeltez que perdieron con los años. Sus junturas herrumbrosas dijérase que se aceitan, y entre jaleamientos irónicos y risas sofocadas de la gente campesina que se ha reunido, bailan, haciéndose rajadas, las viejecitas. Baila con sus piernas el Pasado, la leyenda del agua antigua, donde las moras disolvieron sus encendidas lágrimas...

Siento la respiración vehemente, acelerada de José María; el respeto que le contiene le hace para mí más peligroso. Noto su emoción y no puedo reprender la osadía que anhela y no comete. Extiendo, como en sueños, la mano, y él la aprisiona largamente, derritiéndome la palma entre las suyas, y luego apretándola contra un corazón que salta y golpea. Al retraer el brazo, nuestros cuerpos se aproximan, y él, bajándose un poco, me devora las sienas, los oídos, con una boca que es llama. Allá fuera siguen bailando, y las coplas roncadas gimen amores encelados, penas mahometanas, el llanto que se derramó en tiempo de Boabdil... El balbuceo entrecortado de los labios que se apoderan de mí, repite, con extravío, la palabra mora, la palabra honda y cruel:

—¡Sangre mía! ¡Sangre! Mi sangresita...

Me suelto, me recobro... Pero él ya sabe que del incidente hemos salido novios, esposos prometidos — y cuando D. Juan Clímaco vuelve, habiendo mandado que se obsequie con vino largo á los del jaleo — José María, pasándose la

mano bien cortada y pulida por el juvenil mostacho, dice á su padre:

—Esta niña y yo no vamo á la Sierra el lune... Quiere eya vé eso pueblo bonito... del tiempo el moro... Hasen falta mulo y guía.

A solas en mi cuarto, todavía aturdida, el temblor vuelve. ¿Es esto amar? ¿Es esto dicha? Parece como si tuviera amargo poso el licor, que ni aún me ha embriagado. Me acuesto agitada, insomne, y cuando apago la luz, la obscuridad se me figura roja. Enciendo la palmatría varias veces, bebo agua, me revuelvo, creo tener calentura. Y, convencida ya de que no podré dormir, al primer ténue reflejo del alba que entra por resquicios de las ventanas, salto de la cama en desorden, me enhebro en los encajes de mi bata, calzo mis chinelas de seda y salgo al pasillo apagando el ruido de mis pasos para llamar á Octavia, que me haga en mi maquinilla una taza de tila. El cuarto de la francesa está al extremo del pasillo, frente á mi departamento, que comprende alcoba, tocador, gabinete y salón bajo. No hay en este palacio, al cual sus dueños vienen rara vez, timbres eléctricos. Recatadamente, sigo, entre la penumbra, adelantando. Al llegar cerca, veo que la puerta de Octavia se abre, y un bulto surge de su cuarto, titubea un momento y al cabo se cuele furtivamente por la puerta del salón, el cual tiene salida, por el comedor, al patio central. No importa que se haya dado tal prisa. Conozco la silueta, conozco el andar. Es mi primo. El también me ha visto, ¡me ha vis-

to perfectamente! ¡Gracias, primo José María! Glacial, serena, retrocedo, me despojo, me rebujo y medito, con bienestar, mi resolución.

Cuando á las diez de la mañana salgo al patio en busca de la familia, él no está. El tío me embroma. ¡Vamos, se conoce que también yo bailé el fandango, quedé rendida y me levanté tarde!

—Puede que haya sido eso...

—Y ¿cómo andamos de ánimo? Joseliyo estará haciendo milagro para yevarte á la Sierra con má comodidá...

—Tío, no iré á la Sierra. Me siento un poco fatigada, y además, he recibido aviso de que es necesaria mi presencia en Madrid para asuntos. Le ruego que me conduzca hoy á la estación en su coche ...

La transformación de la cara del señor, fué algo que siento no haber fotografiado. De la paternidad babosa y jovial dió un salto á la ira tigresca. ¡Juraría que adivinó...! Su instinto, de hombre primitivo, que ha tomado de la civilización lo necesario para asegurar la caza y la presa, le guió con seguridad de brujería, excepto en lo psicológico, que no era capaz de explicarse.

—¿Qué dises, niña? ¿Eh? ¿Mono tenemos? ¿Historia? ¿Seliyo? Mira tú que... ¿Llevarte al tren? ¿Para que Joseliyo me pegase un tiro? Tú no te vas. ¿Estás loca?

Bajo el tono que quería ser de chanza, había la indicación amenazadora. Ocupábamos, bajo la marquesina, mecedoras, y el fresco del surti-

dor nos halagaba. Adopté el estilo cortés, acorado, la mejor forma de resistencia.

—Tío, supongo que usted no me querrá detener por fuerza. Lo siento en el alma; agradezco la hospitalidad tan cariñosa, pero necesito irme.

—Y yo te digo que no te vas, hata haser las pase. ¿Si conoseré yo á los niños? Sobrina, ¿piensas que el tío Climaco es siego ó es tonto? Como palomitos os arruyásteis anoche en el comedor. Cuanto más reñidos, más queridos. Y esta boda, serrana, te parecerá á tí que no, pero es de necesiá. No me hagas hablar más, que tú tampoco ere lerda, y me entiendes á media habla, y se acabó, y no demos que reir al diablo.

—Ni hay boda, ni arrullos, tío. Al menos, por ahora—transigí.—Dispéñseme usted; no cambio yo nunca de resolución. Menos aún cambiaría ante lo violento.

—Qué violento, ni... Si á tí se te ha metido en el corasón el muchacho. Si le quieres. Suerte que sea así, porque te ahorras muchos disgustos que te aguardaban... Yo soy un infeliz, pero eso de que quiten á uno lo que debe ser suyo, no le hase tilín á nadie. Y hay modos y modos de quitar. ¡Nada, que no suelto la lengua! Ni es preciso, porque, al cabo, mi hijo y tú...—Y juntó las yemas de los pulgares.

Me levanté tranquila, hasta sonriente—aunque por dentro, un terremoto de indignación me sacudía ante aquel gitano trabucaire, que me exigía la bolsa ó la vida, apostado en un

desfiladero de la Sierra. Todo el britanismo de cascarilla se le caía á pedazos, y aparecía el verdadero sér... el natural, acaso el más estético y pintoresco. Me propuse burlarle; realicé un esfuerzo, me dominé, me incliné hacia él, y, acariciando con el abanico sus patillas típicas, murmuré sonriendo:

—¡*Soniche!*

A su vez, se incorporó. Descompuestas las facciones, en sus ojos brilló una chispa mala, venida de muy lejos. La mirada del que asesinaría, si pudiese...

¿A mí por el terror? Resistí la mirada, y con cuajo frío, sentencié.

—Ahora le digo á usted que me voy, no por la tarde, sino inmediatamente, á pie, á Loja. De allí, en un coche, á donde me plazca. Ahí queda mi criada, que arreglará el equipaje. Y cuidando con que nadie me siga, ni me estorbe. Adiós, tío Juan. Por si no volvemos á vernos, la mano...

Estrujó iracundo la mía y la sacudió. Logré no gritar, no revelar el dolor del magullamiento.

—¿No vernos? ¡Ya nos veremos! Eso te lo fio yo...—Y cuando rompí á andar, puso el dedo en la frente, como diciendo que no me cree en mi cabal juicio.

